

Siento lo que hice

Psique Stacia



Capítulo 1

Mis lágrimas están bañadas de sangre, una sangre sucia y fría. Ha pasado un día, un solo día y ya no aguanto más. Estoy consumido bajo una nube llena de un sombrío y asfixiante humo, ni siquiera la fábrica de mi barrio suelta tanta polución como el que me está rodeando. El constante recuerdo me hace tener más miedo aún del que sentí en su día. Ya no está a mi lado, ya no volveré a verla nunca más.

Todavía recuerdo la primera vez que la vi, mis sentidos únicamente se centraron en una dirección, en ella. No había pasado la pubertad, pero sentí algo especial, ella me parecía la chica más guapa que había visto nunca, y eso me hacía sentir un idiota cada vez que me hablaba. Yo estaba sentado en mi pupitre aislado de lo que la profesora de literatura estaba explicando, entonces llamaron a la puerta, una chica nueva iba a ocupar la mesa que tenía libre a mi lado. Era la más lista de la clase, y aunque mis notas siempre fueron buenas, parecía un tonto comparado con ella, en realidad es que me desconcentraba y no paraba de imaginar cosas que nada tenían que ver con las asignaturas. Así cómo el destino nos presentó, el tiempo nos convirtió en amigos.

Los años de escuela quedaron atrás cuando ella se enamoró por primera vez, no de mí, por supuesto. Al principio pensé que sería un inicio de algo que no llegaría lejos, que acabaría siendo una historia sin futuro. Naturalmente había tenido muchos tíos rondándola, quizá demasiados para mi gusto, y yo estaba contento porque ninguno llegó hasta su corazón, excepto Jordi. Esa historia se hizo muy larga, que digo larga, se hizo eterna por las constantes quedadas que tenía con ellos dos juntos; las incesantes oportunidades de conocer a otras chicas en citas dobles orquestadas también por ellos dos; las tonterías que me contaba cuando la hacía tan feliz, y todas las discusiones por las que pasaban por gilipolleces que en realidad no resolvían nada, más que su relación se hiciera más fuerte, y cómo no, yo estaba ahí para oírlo todo porque eso es ser un amigo, escuchar lo que tu amiga siente, quiere y padece por un imbécil que está ganando la batalla. Mi batalla. Cuatro largos años tuve que aguantar a Jordi, y durante ese tiempo me replantee muchas cosas, ya que gracias a esa relación me di cuenta de que debía reaccionar si no quería perderla.

Jordi no era más que un intelectual fracasado, estaba tan preocupado en su futuro y en los negocios que podía llegar a tener que la dejaba de lado en muchas ocasiones. Ella también quería llegar a ser algo importante en la vida por eso fue a la Universidad, para poder conseguir su meta. Fue en una puta cafetería donde se conocieron, a causa de un café de mierda que un camarero incompetente confundió, seguramente por prestar más atención a una tía que en hacer su trabajo bien, y en vez de dárselo a Jordi se lo dio a ella, lo que hizo que él se acercara a reclamar su café y

así poder entablar la gran conversación que los unió en una cita ese mismo día por la noche.

Y mientras ella se esforzaba por tener un buen futuro; yo trabajaba de lunes a viernes como un cabrón. Dejé mis estudios a los dieciséis años ya que no daba pie con bola en el instituto, pensar en ella y estudiar eran dos tareas incompatibles. Pensé que si ganaba algo de dinero y lo ahorraba podría pensar en construir una vida para ella. Así que me dediqué a la construcción, pero no como señor en un despacho diseñando bocetos, si no poniendo los ladrillos de los edificios hiciese frío, aire, lluvia o un calor desvanecedor. Y a pesar de todo el esfuerzo pensar en ella me hacía inmune a todo.

Tardó un buen tiempo en conocer mis sentimientos, y todo valió la pena porque ella llegó a quererme de la misma manera, aunque debo decir que jugué un poco sucio. Un día llegó a mi casa muy enfadada con Jordi y me pidió consejo, ese fue el momento en el que la luz de mi cabeza se encendió y maquiné un plan. Nada diabólico. Simplemente hice de buen amigo consejero respondiendo a sus cuestiones y diciéndole qué era lo que debía hacer. Cosas como que *no la merecía*, que *necesitaba a alguien mejor*. Aquella palabrería barata no hizo que me jurara amor eterno ni mucho menos, pero sí logró que ese cretino se largara de su vida para siempre. Fue en ese momento cuando sentí que había ganado la batalla, que no la guerra, porque mi querida "Elena de Troya" todavía no era mía.

Nuestro amor se fue cocinando a fuego muy lento, bueno mi amor por ella no, el suyo fue el que tardó bastante en llegar a ebullición; hasta que no logré quemarme no vi la vida de color de rosa porque con ella no sentía dolor, ni pena, no había enfermedades que pudiera contraer, pues era inmune. Yo cuidaba de ella siempre, y le daba todo lo que tenía, para mí ella era mi gran tesoro. Lo que llegamos a construir juntos era más resistente que un edificio de acero, nadie nos podía quitar eso...bueno, nada nos lo podía quitar hasta ahora que ya no la tengo.

Recuerdo su cara cuando me pidió perdón por no haberme visto con otros ojos, por eso todo el tiempo que pasé enamorado de ella me pareció poco, pues ese momento no me lo quitaría nadie, la sensación que tuve cuando me demostró que sentía lo mismo que yo fue como la que tiene una madre al ver nacer a su bebé. Ojalá ese momento se hubiera hecho eterno. Era de noche y hacía mucho frío, sus manos estaban completamente heladas. Había venido hasta mi casa, pero no había nadie, así que se quedó sentada en el portal durante dos horas. Cuando la vi allí esperándome, a mí, en ese estado con aquella temperatura supe que algo estaba pasando, y corrí hacia ella como si me persiguiera el diablo. Desde donde estaba pude ver como cambiaba el semblante y reflejaba una mueca de felicidad, todo lo que podía mover a pesar de lo congelada que estaba. En cuanto llegué ella se levantó y me rodeó la cara con sus frías

manos, sus ojos estaban brillantes y me miraban fijamente, pero no podía seguir dejándola en la calle, así que la agarré obligándola a que no dijera ninguna palabra de momento; y la subí a casa. Sabía que una manta y una taza de chocolate caliente harían que entrara en calor. Verla con otro color hizo sentirme mejor, pero empecé a acordarme que algo podía haberle pasado, así que le pregunté la razón por la que estuvo tanto tiempo abajo con esa temperatura. Al principio tartamudeaba, como si tuviese miedo, pero consiguió arrancar y dejarme sin palabras. Aquella situación la había estado esperando desde hacía mucho tiempo, y me la había imaginado de tantas formas diferentes que cuando por fin pasó no supe cómo reaccionar. Ella, definitivamente, sentía algo más que amistad, sabía que yo siempre estaba allí con ella -para lo bueno y para lo malo- porque yo era lo que necesitaba para vivir. Y desde aquel mismo instante yo fui el hombre más feliz del mundo.

El ocho de abril hacíamos dos años de noviazgo, y este miércoles dos meses viviendo juntos. Por fin emprendíamos un viaje nuevo, unidos, una convivencia que nos permitía estar más tiempo aislados del mundo. Un sueño que se destruyó ayer cuando la vi tumbada en el suelo con sus ropas desgarradas, sus piernas baldadas de moratones, su cuello rojo y la cara totalmente blanca. Parecía sacada de una película de serie B que jamás quería haber visto. Su imagen no se me borrará de la cabeza nunca. Una mujer tan apasionada y con tanta vida no podía acabar así, su final no debía de ser ese. Sus ojos se apagaron y los míos los siguieron.

Cuando decidimos ir a vivir juntos, empezamos a buscar una casa que pagaríamos a medias, así yo dejaba el piso de alquiler y ella dejaría de vivir con sus padres. Llegamos a la nueva casa muy ilusionados. No habíamos hablado aún de boda, por mi parte tenía clarísimo que quería pasar el resto de mi vida con ella, pero sí habíamos decidido ir despacio porque necesitábamos empezar de cero y conocernos mejor en la convivencia.

Yo amanecía con los primeros silbidos de los pájaros; y ella seguía durmiendo, cada mañana la miraba y me iba más contento a trabajar. Sus ojos estaban siempre cerrados, yo me acercaba a darle un beso cuando me iba a ir y su boca siempre me respondía con una sonrisa, ver esa sonrisa cada día me hacía más efecto que un café recién hecho. Nuestra convivencia era normal, las tareas de la casa nos las distribuíamos de manera que los dos estábamos de acuerdo, por eso no teníamos ningún problema. Pero poco a poco mi cabeza empezó a desfragmentarse, veía cosas donde no las había, me sentía solo si ella no estaba en casa, comencé a obsesionarme con cada cosa que la rodeaba. Necesitaba tenerla siempre cerca para sentirme totalmente seguro.

Este año acababa la carrera, y eso la hacía pasar mucho tiempo en la biblioteca. Si yo iba a casa y no la veía, mis pensamientos imaginaban lo peor. No lo podía remediar, era como si alguien me

poseyera y me dijera cosas que ella podría estar haciendo en ese momento, cosas que incluían a otros hombres. Empecé a sentir celos por todo, hasta por su propia familia. Tenerla tan cerca y a la vez tan lejos me hacía ver escenas que no eran ciertas, estaba muy descontrolado porque tenía miedo a perderla.

Un día mi rabia creció y me hizo actuar como si no fuera yo porque nunca había sido así. Yo acababa de llegar y ella me había dejado una nota que decía que estaba en la biblioteca, ese mensaje me desanimó porque había tenido un día de mierda y estaba deseando abrazarla. Para no pensar en cosas negativas sobre lo que estaría haciendo me duché, me puse el pijama y me senté en el sofá a ver un documental que estaban echando por la televisión. Aunque mi cabeza no paraba de pensar en ella, las imágenes hicieron que el tiempo pasara un poco más ameno, entonces pasado un tiempo el teléfono fijo sonó con más fuerza que nunca, un espasmo hizo que me levantara con rapidez del sofá y respondiera la llamada. Mis deseos eran que fuera ella, así que corrí a coger el auricular, cuando contestaron reconocí que no era la mujer que esperaba, sino que era una voz masculina que no conocía, y que además preguntaba por mi novia. ¡Un desconocido estaba preguntando por mi mujer! Mis nervios se empezaron a desatar, y sin responderle le pregunté directamente quién era, él me contestó, pero cuando le fui a preguntar qué quería de ella me colgó. No sé qué fue lo que peor me sentó: que preguntara por mi mujer o que me colgara. Me pasé lo que restó de tarde totalmente inquieto porque ella no me cogía el teléfono, mis nervios estaban alterando todas mis articulaciones y empecé a golpear todo lo que pillaba por la casa para poder tranquilizarme, necesitaba hablar con ella para que me diera una explicación, pensaba que si la veía me podía calmar. Mi cabeza estaba a punto de estallar cuando oí el sonido de unas llaves acercándose a la cerradura de la entrada. La puerta se abrió y por fin la vi, era ella. Estaba más guapa que nunca, traía en una mano su carpeta de clase; y en la otra una bolsa con forma rara. Entró entusiasmada, y no me dio tiempo a reaccionar. Me dijo que había tardado porque había ido a comprar la cena, y es que la cena era esa bolsa rara. Me dio un beso y entró en la cocina para dejar lo que había comprado sobre la mesa, salió hacia al salón y vio el estado en el que estaban las cosas, ahí fue cuando se empezó a preocupar un poco. Y antes de que ella sacara conclusiones fui yo el que le preguntó por esa voz masculina que llamaba al teléfono de casa. Ella en vez de responderme me miró desafiante y me dijo que no le gritara, eso hizo que me pusiera mucho más nervioso porque yo no le había chillado. Le volví a insistir exigiendo una explicación porque tenía que saber quién era y por qué la llamaba. Ella parecía un ciervo al que acababan de disparar, me empezó a explicar quién era, pero parecía muy nerviosa, sus ojos estaban llorosos y no sabía por qué estaba en ese estado. Mi cerebro no podía entender lo que me estaba explicando porque sólo veía su manera de actuar y eso hacía que me descuadrara todo lo demás. Todo lo que me decía lo estaba tergiversando imaginándola a ella con otro hombre, y aunque no sabía cómo era él, esa imagen no me la podía quitar

de la cabeza. Empecé a tirar al suelo todo lo que me encontraba a mi paso, y a insultarla y despreciarla sin oír su propia defensa. De repente, volvió a sonar el teléfono, corrí a cogerlo y volví a preguntar quién era. Era él, otra vez. Entonces, con el tono más seco que tenía le dije que ella ya estaba en casa, y le pregunté qué quería de nuevo. Él me contestó a todo y me lo supo explicar de manera que mis nervios empezaron a calmarse. Su novia era la amiga de la mía, con ella había ido a la biblioteca. Llamó a casa, no para preguntar por mi novia si no por la suya porque no la localizaba, ya que las dos tenían el móvil apagado mientras estaban estudiando. De pronto, me sentí mucho mejor y le pasé el teléfono para que hablara con él. A pesar de que después de su explicación me calmé, empecé a derrumbarme por el hecho de haberme puesto como un animal y haberle faltado al respeto a mi mujer, además de desconfiar de ella. Le pedí perdón un millón de veces, pero la velada romántica que ella tenía pensado tener con la cena que había comprado terminó en la cama, y no precisamente juntos, si no durmiendo cada uno en una habitación, yo por supuesto en el sofá. Toda la noche estuve reflexionando, y sabía que no había actuado bien, de manera que estuve toda la semana contemplándola, la amé como nunca, la llevé donde ella quería, le compré lo que le apetecía y poco a poco fui recuperando su confianza, y su amor por mí.

Tuve muchos momentos en los que los celos hablaban por mí, lo reconozco ahora, y hubiese rectificado antes de saber lo que iba a pasar. Ayer, vine cansado de trabajar, era el día que peor me encontraba, había discutido con ella y me sentía agotado. Cuando llegué al portal, había policías por todas partes, subí a mi casa y ellos salían de ahí. La puerta estaba abierta y habían precintado la zona. No me dejaron entrar hasta que uno de los guardias habló conmigo. En un arrebato entré rápidamente al salón y allí la vi. Estaba medio desnuda, la ropa interior rasgada, como si la hubiesen roto con las manos. Su cuerpo estaba tumbado en el suelo, tenía un color pálido y moratones en varias partes, el cuello estaba enrojecido y su cara muy blanca sin apenas expresión. Había perdido su luz. Verla así me descompuso, me entraron náuseas, y quise salir corriendo de allí, pero un policía me agarró y me echó a un lado donde pude vomitar sin manchar nada. Me atendieron bien, dejándome un pañuelo para limpiarme y ayudándome a que me sentara en las escaleras. Enseguida me acibillaron a preguntas, yo no podía responder, entré en un estado de shock y me llevaron en una ambulancia. En cuanto me repuse, la policía de nuevo vino a hacerme más preguntas a las que no fui capaz de responder, mi cabeza estaba colapsada.

Ahora, estoy en una habitación de hospital vigilado por dos policías, he conseguido papel y un bolígrafo que mi médico me ha proporcionado, dice que es una buena terapia para empezar a comunicarme después de lo que ha pasado. Lo cierto es que me ayuda a superarme y a demostrar mis sentimientos, pero en mi mente sólo la tengo a ella, su imagen sigue ahí. Escribiendo todo esto poco a poco voy

recobrando la cordura y entendiendo mejor qué es lo que le pasó, reviviendo esa noche puedo entender por qué no me sale ni decir su nombre.

La última noche que la vi mi cabeza volvió a imaginar cosas que no eran ciertas, a confundir momentos en los que parecía que estaba con otro. Mis nervios consiguieron controlar mi cuerpo y mi mente, no fui capaz de retener mis movimientos ni todo lo que berreaba mi boca. Es en esta habitación de hospital dónde me estoy dando cuenta, y es con este papel con lo que voy a demostrar la verdad, tú mereces que reconozca lo que pasó, el mundo merece saberlo. Nunca creí ser capaz de hacer algo así, lo había oído y visto en otros casos, pero nunca pensé que llegaría a ser uno de ellos. La miré y no fui capaz de verla morir en mis brazos, y menos por mi culpa. Todos los que hacen eso deberían estar muertos, yo debería estar muerto. Es por todo lo que le hice por lo que soy incapaz de nombrarla, porque me siento un desconocido ante ella, soy como todos esos. No hay ninguna razón para hacer nada de eso a una mujer, ni a un hombre, ni a nadie. Ninguna causa es suficiente para acabar con la vida de otra persona porque no por hacerlo te sientes mejor, al contrario, ella era mi vida; y sin ella ya no soy nada. Por lo que hice debo acabar con mi vida, porque no merezco respirar el aire que ella ya no tiene.

Esa maldita noche estuvimos discutiendo, pero esta vez fue peor que las otras veces. Ella lloraba sin parar y no hacía más que recoger sus cosas, incluso llamó a su hermana y le dijo que por la mañana iría a su casa. Yo no hacía más que gritar y echarle cosas en cara, creía que ella se marchaba porque tenía un lío con otro tío, no fui capaz de ver que me estaba dejando por mi comportamiento, porque sin querer la había empujado contra la mesa del comedor sólo por quitarle el móvil y ver que realmente estaba diciendo la verdad. Me daba un montón de pruebas que corroboraban que todo lo que me decía era cierto, pero yo no era capaz de ver la realidad, no era capaz de escucharla, era como si un jodido bumerán me hubiese paralizado el puto cerebro y la sangre no fluyera como debía, por eso yo actuaba por impulsos, impulsos que recibía ella con dolor. Le supliqué que no me dejara, que nada de eso volvería a pasar, que nosotros estábamos hechos el uno para el otro, e incluso le aseguré que podía perdonarla si me había sido infiel, algo que la hizo enfurecerse más y no creer en mis palabras. Ella continuaba recogiendo sus cosas, yo la seguía y sacaba todo lo que ella estaba metiendo en la maleta. No quería que se fuera. Volví a suplicar que se quedara porque la quería, lo nuestro no podía acabar. Hubo un momento en el que pensé que todo se iba a solucionar, pero no, ella seguía enfadada. Dejé que se calmara y me fui de la habitación para pensar un poco en lo que estaba pasando, pensé que si le preparaba algo para cenar la sorprendería de tal manera que me perdonaría y dejaría de pensar en irse. Pero después de poner la mesa, entré en el cuarto para avisar que podía venir a cenar, entonces ella ya había recogido sus cosas y estaba lista para marcharse de casa, nuestra casa. No podía creérmelo. Decidida a salir por la puerta

de nuestro hogar con la maleta en la mano, yo corrí tras ella y cerré la puerta con un fuerte golpe que hizo que ella se asustara porque estuve a punto de pillarle la mano. Me disculpé y la sujeté implorando que no me dejara, que no quería perderla. Ya era tarde, mis actuaciones habían llegado a tal límite que ella ya no me tenía ni respeto ni empatía ni amor. No, eso no podía ser, ella me quería.

Le seguí pidiendo perdón, e incluso rebajé mi orgullo de hombre arrodillándome y abrazándola por la cintura llorando sobre su vientre, ella me miraba desde arriba con desprecio repitiendo una y otra vez que ese cuento no valía, ¿qué cuento? ¿De qué estaba hablando? Me decía que mis lágrimas no la harían cambiar de idea, que ya eran muchas veces que lo hacía, que había aguantado mucho y que no quería continuar con lo nuestro. Entonces, por el simple hecho de dejarme, mi cabeza volvió a enloquecer, y mi cuerpo recibió una carga de adrenalina que no había tenido nunca, le quité con furia la maleta de la mano y la lancé contra la pared reventándola de tal manera que voló toda la ropa por los aires. Cogí su mano y la arrastré lejos de la salida mientras le decía que debía quererme, que haría cualquier cosa con tal de no perderla, y así empezó todo...

Necesita volver a sentirla cerca, volver a tener esa conexión que nos hacía únicos, pero no paraba de resistirse, y eso hacía que yo la sujetara con más fuerza para que dejara de moverse, llevar el control potenciaba mi ira. La empecé a desnudar, ella me gritaba y agitaba su cuerpo para separarse de mí, la ropa que se me resistía la rasgaba con las manos para deshacerme de ella y poder acceder a su cuerpo con más facilidad. No paraba de chillar y eso me desconcentraba, así que la amordacé con uno de los trapos que había roto, y con otro también até sus manos. Sus piernas no paraban quietas, pero no me suponían ningún problema, las podía controlar. Me sentí más fuerte que nunca dominándola de esa manera. Ella intentaba escapar, y yo la sujetaba de los tobillos y la arrastraba más a mí. Se movía demasiado, yo quería besarla y amarla como otras veces lo había hecho. Ella no actuaba igual que siempre, parecía como si sintiera asco. Yo la besaba y ella no paraba de llorar. Gritaba con mucha fuerza, pero con la mordaza no podía reproducir lo que ella intentaba decir. Al final pareció desistir, o quizá se debió hacer daño en las cuerdas vocales. Cuando la desnudé por completo, me tocaba a mí, así que me empecé a desabrochar el pantalón, pero ella me pegó un par de patadas antes de huir, no me lo podía creer, ¡ella me estaba pegando!, con todo lo que nos habíamos amado. Ese hecho me retuvo unos segundos, pero ella ya estaba muy frágil, así que la alcancé y tiré una de sus piernas hacia mí, ella cayó al suelo dándose un golpe con la esquina del sofá. Asustado me acerqué para ver lo que se había hecho, estaba medio desmayada y con rasguños, así que le quité los trozos de tela con los que le había atado las manos y la boca. Parecía que le apretaban un poco, ya que tenía las muñecas ensangrentadas, pensé que la pobre había hecho demasiado esfuerzo en soltarse. La intenté

reanimar, y cuando ya estaba despierta la empecé a besar por todo su hermoso cuerpo. Quería que viviéramos el amor de nuevo, así que la agarré del cuello y lo rodeé con mis dos manos, su cuerpo y el mío iban al unísono. Volver a sentir su calidez de nuevo me hizo tocar el cielo, seguí besándola y oliendo su piel, sus labios no reaccionaban, pensé que estaría ya exhausta así que hice yo todo el trabajo. Terminé y me relajé en el mismo sitio en el que estábamos, respirando su aroma. Cuando me desperté seguíamos en la misma postura, la miré y tenía los ojos abiertos, le dije buenos días y no me contestó. Me levanté y me abroché el pantalón mientras le pedía que se levantara porque ahí iba a coger una mala postura, cogí su mano para levantarla del suelo pero todo su cuerpo estaba relajado y pesaba mucho. La solté y su brazo chocó de un plumazo con las baldosas, me acerqué a su cara, y le sujeté de la barbilla para que me mirara, entonces vi que ya no había vida en sus ojos, me quedé inmóvil observando todo a mi alrededor, no sabía qué había pasado. Pensé que ella había disfrutado tanto y se había quedado tan relajada que se había dormido, por un momento mi cabeza es lo que pensó durante un tiempo, porque me duché y me vestí cómo si no hubiera pasado nada, y me fui a trabajar. Es como si mi cerebro hubiera borrado ciertos detalles, y me hubiera creado una realidad alternativa, para mí ella se había quedado dormida. Y me fui con la sensación de que cuando volviera a casa ella estaría esperándome, viva.

Cuando vi a la policía y vi su cuerpo desnudo en el suelo, me di cuenta de lo que había pasado realmente. Fue su hermana la que llamó a la Nacional, ella me iba a dejar y pensaba quedarse en su casa, habían quedado esa misma mañana, como no la localizaba vino a buscarla. Los vecinos la alertaron antes de entrar por la puerta, como tenía una copia de las llaves de nuestra casa entró y se la encontró en esas condiciones.

He pensado mucho después de lo que ha pasado, y me he dado cuenta de muchas cosas, una de ellas es que ya no sé quién soy. Mi médico dice que me va a ayudar, pero de momento sólo me da pastillas y no hace más que psicoanalizarme, no sé qué pretende con eso. Yo tengo una buena solución para todo esto, y creo que es lo más adecuado. Me he dado cuenta que no quiero seguir viviendo sin ella. Después de lo que he hecho, no merezco continuar en este mundo, debo sufrir por lo que hice, igual que sufrió ella. He encontrado el arma que hará que vuelva a su lado. Y antes de partir el bolígrafo le escribo la última nota a mi mujer:

Inés, siento lo que hice.

Esa noche fue mi final. Estaba segura que en algún momento llegaría, mi hermana me lo advirtió, pero reiteradas veces le di otra oportunidad, hasta ese día. El último. Fueron muchas discusiones, gritos, abusos, insultos... siempre causados por lo mismo: los celos. Algo injustificado

porque yo jamás le fui infiel. Le quise desde el primer día, es cierto que al principio solo como amigo, pero después le amé más que a nadie. A pesar de la primera vez que me puso la mano encima; a pesar de la primera vez que le dije que no me apetecía hacer el amor y le dio igual; a pesar de aquella vez que le dije que me marchaba y él me estampó contra la pared, y al día siguiente tuve que mentir a todos los que me preguntaban diciendo que me había caído en la ducha; a pesar de todo eso le amaba.

Ya que tus últimas palabras fueron para mí, yo te dedicaré otras post mortem. No sirve de nada que ahora te mates para intentar estar más cerca de mí, si ya estoy muerta déjame descansar en paz lo que no me dejaste en vida. Tus celos y tus excusas por ponerme las manos encima no son válidos en el amor. No eres Dios para sentenciar mi destino. Si tan descontrolado y desquiciado estabas haberte matado antes de hacérmelo a mí, porque yo sí que elegí vivir. Nadie debería morir en manos de otra persona, ya demasiado corta es la vida como para que nos la arrebaten.

Ahora solo te puedo decir que por muy arrepentido que estés no puedo perdonarte. ¿Y sabes por qué? Porque no sólo me mataste a mí, también a nuestra pequeña, una niña hermosa que jamás verá la luz del sol. Me privaste de seguir viviendo y también arrebataste algo que habíamos creado juntos con amor, a pesar de fecundarse sin mi consentimiento. Al principio todo era muy bonito, pero desde que empezamos a vivir juntos te convertiste en un auténtico monstruo. Y sí, nuestra pequeña fue creada en uno de esos momentos en los que me forzaste a hacer algo que no me apetecía. No siempre estaba dispuesta porque después de que me llamaras cosas horribles y de acusarme de ser infiel sin razón; y después de ponerme la mano encima por tus acusaciones, la verdad es que lo que menos me apetecía era que me sobaras. El último mes para mí fue un infierno porque tus caricias me daban asco. Quería irme con mi hermana, vivir con ella y no volver a verte, criar a nuestra hija sola y libre, pero no me dejaste. Tuviste que acabar conmigo y con un ser angelical que no tenía ninguna culpa. Y nunca llegué a decírtelo porque me había enterado hacía unas semanas, y tras reflexionarlo mucho llegué a la conclusión de que tenía miedo de que a ella le hicieras lo mismo que a mí. Miedo ¿Sabes qué es eso? Ahora ya se ha evaporado. Y no diré que me siento culpable por no haber salvado a nuestra hija, porque yo no tengo la culpa de haber apostado por ti, por haber seguido a tu lado.

Capítulo 2

Esa noche fue mi final. Estaba segura que en algún momento llegaría, mi hermana me lo advirtió, pero reiteradas veces le di otra oportunidad, hasta ese día. El último. Fueron muchas discusiones, gritos, abusos, insultos... siempre causados por lo mismo: los celos. Algo injustificado porque yo jamás le fui infiel. Le quise desde el primer día, es cierto que al principio solo como amigo, pero después le amé más que a nadie. A pesar de la primera vez que me puso la mano encima; a pesar de la primera vez que le dije que no me apetecía hacer el amor y le dio igual; a pesar de aquella vez que le dije que me marchaba y él me estampó contra la pared, y al día siguiente tuve que mentir a todos los que me preguntaban diciendo que me había caído en la ducha; a pesar de todo eso le amaba.

Ya que tus últimas palabras fueron para mí, yo te dedicaré otras post mortem. No sirve de nada que ahora te mates para intentar estar más cerca de mí, si ya estoy muerta déjame descansar en paz lo que no me dejaste en vida. Tus celos y tus excusas por ponerme las manos encima no son válidos en el amor. No eres Dios para sentenciar mi destino. Si tan descontrolado y desquiciado estabas haberte matado antes de hacérmelo a mí, porque yo sí que elegí vivir. Nadie debería morir en manos de otra persona, ya demasiado corta es la vida como para que nos la arrebaten.

Ahora solo te puedo decir que por muy arrepentido que estés no puedo perdonarte. ¿Y sabes por qué? Porque no sólo me mataste a mí, también a nuestra pequeña, una niña hermosa que jamás verá la luz del sol. Me privaste de seguir viviendo y también arrebataste algo que habíamos creado juntos con amor, a pesar de fecundarse sin mi consentimiento. Al principio todo era muy bonito, pero desde que empezamos a vivir juntos te convertiste en un auténtico monstruo. Y sí, nuestra pequeña fue creada en uno de esos momentos en los que me forzaste a hacer algo que no me apetecía. No siempre estaba dispuesta porque después de que me llamaras cosas horribles y de acusarme de ser infiel sin razón; y después de ponerme la mano encima por tus acusaciones, la verdad es que lo que menos me apetecía era que me sobaras. El último mes para mí fue un infierno porque tus caricias me daban asco. Quería irme con mi hermana, vivir con ella y no volver a verte, criar a nuestra hija sola y libre, pero no me dejaste. Tuviste que acabar conmigo y con un ser angelical que no tenía ninguna culpa. Y nunca llegué a decírtelo porque me había enterado hacía unas semanas, y tras reflexionarlo mucho llegué a la conclusión de que tenía miedo de que a ella le hicieras lo mismo que a mí. Miedo ¿Sabes qué es eso? Ahora ya se ha evaporado. Y no diré que me siento culpable por no haber salvado a nuestra hija, porque yo no tengo la culpa de haber apostado por ti, por haber seguido a tu lado.